



ADMINISTRACIÓN:

RONDA DE S. ANTONIO 64, 4.º, 1.ª

BARCELONA

APARTADO DE CORREOS:

Núm. 147

DIRECTOR POLÍTICO:

D. FRANCISCO DE P. OLLER

REVISTA POLÍTICO-MILITAR ILUSTRADA

DIRECTOR ARTÍSTICO:

D. PACIANO ROSS

COLABORADORES

Excmo. Sr. D. Hermenegildo Díaz de Cevallos.

Excmo. Sr. Marqués de Valde-Espina.

Excmo. Sr. Barón de Bretauville.

Excmo. Sr. Marqués de Cerralbo.

Excmo. Sr. Barón de Sangarrén.

D. Antonio Brea.

Excmo. Sr. Marqués de Tamarit.

D. Joaquín J. Llorens Fernández de Córdova.

D. Juan Vidal de Lobatera.

D. Ramón Vila y Colomer.

D. Tirso de Olazabal.

D. José Luis Ortiz de Zárate.

D. Reynaldo Brea.



DOBLE PROTESTA

Los carlistas españoles no podían permanecer indiferentes ante el nuevo atropello que se acaba de inferir á Su Santidad León XIII, con motivo de la erección en Roma del monumento dedicado al apóstata Giordano Bruno.

Los gobiernos católicos (1), en cambio, hanse mostrado impasibles al contemplar el ultraje con que se ha escarnecido á la Iglesia y al Papado, y ni siquiera se dignaron protestar del atentado, y reclamar, según fuera justo y procedente, del de Italia, el cumplimiento de la famosa *Ley de Garantías*.

Unimos nosotros nuestra voz de protesta á la de los tradicionalistas españoles, y no sólo abominamos del acto realizado en la Ciudad Eterna, si que también de la punible frialdad del Gobierno español que, hijo al fin del Liberalismo, no se ha inmutado lo más mínimo, ni poco ni mucho sorprendido, ni menos escandalizado, porque al Rey de Roma se le haya obligado á cerrar las puertas de su Palacio, en previsión de un atentado de las turbas.

Unánime ha sido la protesta de los elementos católicos, y no podía, por tanto, faltar la del elemento tradicionalista que, católico antes que carlista, y carlista porque católico, derramó su sangre en los campos de nuestra Patria, en defensa de la bandera de DIOS, PATRIA, REY, y dispuesto está á emular las hazañas de los héroes de Castelfidardo y de la Puerta Pia, si se tratase de reivindicar por la fuerza los derechos del Pontífice.

He aquí nuestro telegrama y la contestación al mismo con que fuimos honrados por el Secretario de Su Santidad, Eminentísimo Cardenal Rampolla:

«CARDENAL RAMPOLLA. ROMA. EN NOMBRE PUBLICACIONES CATÓLICAS ESTANDARTE REAL Y *Lo Crit d' Espanya*, HAGO CONSTAR INDIGNACIÓN Y PROTESTA ENÉRGICA POR DEMOSTRACIÓN ANTIPAPAL AL INAUGURAR MONUMENTO GIORDANO BRUNO, Y REITERO ADHESIÓN PONTÍFICE.

OLLER.»

« Oller. Director ESTANDARTE REAL. Barcelona. Las protestas y adhesiones de V. han sido muy gratas á Su Santidad, en cuyo nombre le doy las gracias.

M. Card. Rampolla.»

Entre los muchos y calurosos elogios que EL ESTANDARTE REAL ha obtenido de la prensa carlista toda, merece lugar preferente el que le dedica, en una de sus correspondencias de Venecia insertas en *El Correo Español*, el ilustrado personaje que oculta su nombre con el pseudónimo *Marcos Laguna*.

Dice así:

«Cuando partía mi anterior correspondencia, acababa de llegar á Venecia el segundo número de EL ESTANDARTE REAL, y no pude, por lo tanto, hacerme eco de la particular complacencia con que fué recibido por Don Carlos, que con tanto interés sigue los múltiples y preciosos trabajos del Sr. Oller.

»El ilustrado escritor catalán, que durante su breve visita á Italia dejó en la Familia Real proscripta todas las simpatías que merece, recibiría la para él más preciada de las recompensas, si pudiese presenciar el interés con que el Señor Duque de Madrid sigue todas sus publicaciones, lo mismo su *Album de Personajes Carlistas*, que su traducción de *Dos Reyes*, y que las revistas que dirige en Barcelona.

»Prueba elocuente de dicho interés es la orden dada por Don Carlos de reproducir por la fotografía ó por el dibujo, el interior de las piezas más interesantes del palacio Loredán, con objeto de regalarlas al Sr. Oller y que pueda publicarlas en sus interesantísimas revistas.»

La más preciada recompensa á que aspiramos, es, en efecto, la de obtener el beneplácito de nuestro augusto Jefe, que con tanta bondad, indulgencia y cariño acoge nuestros humildes trabajos de propaganda.

Y como al regio aplauso con que nos vemos honrados acompaña la unánime aprobación y entusiasta acogida otorgada á EL ESTANDARTE REAL por nuestros correligionarios, al agradecer tan señaladas cuanto inmerecidas muestras de aprecio, nos sentimos más animados á proseguir nuestras tareas, cuyo objetivo único es el de la consecución del triunfo de los ideales personificados en Don Carlos.

REFLEXIONES

YA que el ESTANDARTE REAL se propone, como ha dicho en su primer número, «ilustrar el conocimiento de muchos de los episodios, en los innumerables hechos de guerra á que han dado lugar nuestras campañas, y buscar en muchas de las operaciones militares de nuestro campo el por qué de

»las victorias obtenidas y de los reveses sufridos» no estarán de más, aquí, unas breves reflexiones, á guisa de preliminares, obvias y aun vulgares si se quiere, pero también pertinentes para el mejor y más completo estudio de esos puntos indicados.

Las fuerzas militares carlistas, en las memorables campañas de todos conocidas, han sido creadas, organizadas y sostenidas por el esfuerzo popular, con recursos y elementos propios. El ejército que la nación paga y sostiene, ese ejército que en nuestros días ha hecho varias evoluciones, pero todas en sentido más ó menos revolucionario, ese ejército no ha favorecido al pueblo carlista; por el contrario, le ha combatido con las armas en la mano. Los militares de profesión, salvo excepciones tan escasas como honrosas, se han desdennado unos y no se han atrevido otros á unirse al ejército carlista. Este hubo de ser, según la premura de las circunstancias lo exigió, organizado y adiestrado en el teatro mismo de la guerra; batallas ó escaramuzas fueron sus ejercicios doctrinales.

Como sucedió en otras épocas, como aconteció en la Reconquista y la Independencia, millares de ciudadanos pacíficos por condición y por aspiraciones, trocaron sus profesiones habituales por los azares de la guerra, cambiaron los instrumentos de su arte ú oficio por los arreos militares y formaron ese conjunto admirable y admirado de guerrillas y batallones, de partidas sueltas y escuadrones compactos que pasearon las enseñas de la verdadera España por las cumbres y los valles, por las montañas y llanuras, entre el fragor del combate, á veces teñidos con sangre de mártires, siempre ennoblecidos con el heroísmo de sus defensores.

Gente pacífica trocada en guerrera; hombres de carácter apacible adaptándose al temperamento marcial, á la vida del campamento, á la agitación, á las durezas de una guerra, y, al fin, no contra el extranjero, sino contra hijos de la misma patria, lo cual es aún más doloroso y exige mayor fondo de enérgica prudencia para no declinar ni á la crueldad inhumana ni á la afeminación de un humanitarismo mal entendido, en ocasiones de grave riesgo para altísimos intereses sociales.

Pudiera creerse, á primera vista, que se tuercen y malogran las vocaciones ó inclinaciones del corazón en tales casos; pero no es así. De la necesidad se hace virtud, y, al fin, virtud verdadera. Que á veces preciso es buscar la justicia y la paz por medio de una guerra justa y necesaria.

Los propagandistas de ideas liberales engañan al pueblo, á quién llaman *soberano* y árbitro de sus destinos, para luego saquearlo *soberanamente* con exorbitantes contribuciones y opresoras gabelas, con la inmoralidad administrativa y la corrupción de todos los organismos sociales. Las ideas carlistas recuerdan al pueblo español sus grandezas pasadas y sus deberes en lo presente, disponen los ánimos al sacrificio en aras de la justicia y hacen surgir esas huestes heroicas que sin más pretensiones que las de cumplir un deber, cuando llegan ocasiones críticas para el Altar y el Trono, buscan por las armas, lo que en ocasiones se

ha negado injustamente á España: la fe verdadera y la monarquía de verdad.

Conviene mucho tener esto presente para apreciar como es debido, la significación y el mérito de nuestras guerras, los móviles que impulsaron á la formación y operaciones de las tropas carlistas.

De esa disposición de ánimo en los carlistas surgen luego, como de raíz fecunda, las demás aptitudes para constituirse en buenos soldados; y especialmente dos: la facilidad de instruirse en la milicia y la subordinación para mantener la disciplina.

Amigos y enemigos han reconocido el buen estado de instrucción que alcanzaron nuestros batallones y cuerpos de diferentes armas, á pesar de los naturales obstáculos con que para ello se tropezaba, ya en la falta de reposo durante los primeros tiempos, ya en la escasez de armamento, equipo y vestuario, que notablemente se dejó sentir. La aplicación y el buen deseo de los jefes para instruirse y enseñar, y en los soldados para aprender y adiestrarse, vencieron tales obstáculos. Y en ataques y retiradas, en combates y escaramuzas, á la ofensiva y á la defensiva, las tropas carlistas, á pesar de la gran desproporción de pertrechos y armamento, á pesar también de la enorme superioridad numérica del enemigo, dieron pruebas de ser, no mesnadas confundidas ó masas faltas de gobierno, sino tropas verdaderamente disciplinadas y aguerridas. Unas veces obteniendo victorias soberbias, otras conteniendo con heroica tenacidad los empujes del contrario; y otras veces efectuando retiradas en perfecto orden, demostraron sus excelentes cualidades marciales. Y si bien es cierto que el arrojo personal, la abnegación y el entusiasmo por la buena causa eran los principales móviles, y el sostén firmísimo de tales hazañas militares, no puede tampoco negarse que los hábitos de disciplina y los conocimientos y práctica de instrucción habían, contribuido á imprimir en nuestras tropas un carácter de organización que apenas pudiera esperarse mejor en circunstancias semejantes.

Ayudó mucho para ello la otra feliz disposición de los soldados carlistas: la obediencia. Nacida ésta más bien del amor á la causa que se defendía, que del temor á los jefes, escasos los castigos que había de imponerse y sobrados los motivos de alabanza y encomio á los heroicos voluntarios de la *bandera blanca* española, las rebeliones y desacatos apenas se dejaron sentir hasta la terminación de la guerra; y aun entonces, en aquellos tristes días de verdadera confusión, pudo observarse el sello de marcada tristeza impreso en los semblantes de todos, como en épocas de duelo general. Virtud es la obediencia, necesaria en todo ejército ó agrupación bien organizados; porque muy poco vale, por ejemplo, que haya buenos tiradores en una compañía, si no saben atenerse á la voz de su capitán, ni guardar con tesón el punto cuya custodia les ha sido confiada. La lealtad, la honradez, el verdadero valor, el heroísmo, ninguna otra virtud se concibe apenas, en la milicia ni aun fuera de ella, sin el acompañamiento de la obediencia que los abrillanta y consolida. Y esa virtud servirá siempre de piedra de toque

en que se prueben los verdaderos carlistas. El infeliz Conde de Morella es buen ejemplo de los caminos que se recorren para bajar desde una de las mayores alturas hasta la misma abyección. Heroico y nobilísimo cuando al frente de sus batallones rendía su ánimo fiel al servicio de Dios y de la Patria, por la obediencia al Rey; degradado por la felonía y marcado con estigma nada envidiable, desde que, separándose de la obediencia al Rey, se inutilizó para la Patria y... Dios le habrá juzgado. Cabrera, carlista, fué digno de respeto y objeto de estimación; Cabrera ex-carlista, merece... compasión; y que su recuerdo sirva de escarmiento y saludable aviso.

EL MARQUÉS DE VALDE-ESPINA

LAS MERINDADES DE BIZCAYA

Y DON CARLOS DE BORBÓN

ENTRE los recuerdos más agradables que nuestro Augusto Jefe conserva de la adhesión de los pueblos que durante años defendieron su Bandera con las armas, figura el acto solemne y más que solemne, espontáneo, con que Bizcaya renovó los sentimientos de su acrisolada lealtad, en momentos los más angustiosos para la Causa carlista. Esta circunstancia nos ha movido á reproducir por el grabado la copia de una fotografía del cuadro que Bizcaya mandó pintar como recuerdo de ese suceso.

El Ejército carlista, ante los inmensos recursos del enemigo y después de una gloriosísima campaña, en la que reveló su incontestable superioridad, se retiró de Somorrostro y de la línea de Bilbao el 2 de Mayo de 1874, pero con tal orden, con regularidad tan perfecta, que aquello más que una retirada, semejaba una maniobra militar, pues todos los almacenes, los efectos, hospitales, todo cuanto constituye la impedimenta de un Ejército y todos sus variados elementos se levantaron con regularidad y se condujeron al interior del País, sin que el enemigo se atreviera á intentar una persecución, que, quizás, convirtiera en derrota lo que aparecía como una victoria.

Esa retirada, operada ante un enemigo victorioso, sin perder un solo hombre, ni un cañón, ni una acémila, ni dejar uno solo de los infinitos elementos aglomerados en meses para una campaña como la de Somorrostro y un sitio como el de Bilbao, constituye una verdadera página de gloria para los Generales carlistas, que la realizaron con tal arte, que sus soldados sólo se apercebieron de que se retiraban al

hallarse concentrados los Batallones desde Galdácano á Durango. Cuantos presenciamos aquel suceso, nos admiramos, aún hoy día, de la disciplina, del orden y tranquilidad con se realizó aquello, que más bien puede llamarse operación estratégica que retirada. Sólo los soldados que pelean por convicción y sabiendo defienden una causa propia, son capaces de dar el ejemplo admirable de aquel puñado de héroes, que ya al siguiente día ocupaban las posiciones, dispuestos á nuevos combates con igual ó mayor decisión, que al emprender su magnífica retirada.

Empero, si la operación resultó gloriosa por lo ordenada y bien combinada y porque los Generales lograran no se quebrantase el vigor y la disciplina de sus tropas, debe confesarse que el golpe fué rudo y trascendental. De nuevo nos habíamos estrellado ante los muros de Bilbao, y lo que durante meses fué la ilusión de alcanzar el triunfo rápidamente, se desvanecía al abandonar aquellos campos. Sacrificios sin cuento; miles de vidas preciosas; recursos amontonados, merced á la abnegación del País; la esperanza de que Europa nos reconociera y con su influencia se levantarán otras Provincias, todo desapareció el dos de Mayo, para quedarnos, con la gloria sí, pero, en realidad, casi como al comenzar la guerra, debiendo ganarlo todo de nuevo. Esta es la verdad, que leales siempre, debemos reconocer como hecho indudable.

En ninguna parte causó la retirada de Bilbao mayor sensación que en Bizcaya, como que nadie debía sentir sus efectos inmediatos con la intensidad del Señorío, que perdía la mejor de sus esperanzas, después de haber empleado en aquella empresa cuantos recursos tenía. Y sin embargo, Bizcaya fué la primera que, sobreponiéndose al dolor, acallando el sentimiento que su fracaso causara en su corazón, quiso demostrar su lealtad y su amor al R... caballero, que si se había visto obligado á retirarse, lo hizo después de exponer gallardamente su vida, de agotar todos los medios y ante la sola consideración de no aniquilar su Ejército, ni destruir el País, que tan generosamente le ayudaba en su noble empresa.

Hallábase Bizcaya reunida en sus Juntas de Merindades, que es una de las formas forales de congregarse y de tomar acuerdos que el Señorío tiene adoptado de antiguo, pues efecto de la guerra necesitaba tomar disposiciones que regularan la marcha de su administración en ese difi-

cil período, cuando llegó la noticia de que el Ejército Real, levantando el sitio de Bilbao, se retiraba hacia el interior del País, si bien dejando perfectamente cubiertas todas las líneas para impedir el avance del enemigo, y de que Don Carlos llegaría de un momento á otro á Durango, pues venía en la retaguardia del Ejército, es decir, que sólo abandonó la línea de combate después de replegarse todos los Batallones.

Pintar la emoción que la noticia produjo en el seno de la Asamblea foral sería difícil, pues aquellos hombres prácticos conocieron, desde luego, todo el alcance del suceso y preveyeron las dificultades que sobrevendrían á la causa del País. Mas si apreciaron en todo su valor el hecho, midieron, asimismo, las consecuencias de dejarse dominar por el abatimiento y el miedo, comprendiendo que en aquellos



Consejo de Generales presidido por Don Carlos

momentos se requería más que nunca un arranque de patriotismo, y que inspirándose todos en el bien de la Patria, se agruparan y rodearan al R., para demostrar la unión incontrastable del País con su Señor y la decisión firmísima de morir en la demanda.

Meditaron el paso que iban á dar, calcularon sus consecuencias, y como hombres de corazón, no vacilaron en llevarlo á cabo desde luego: podía redactarse un Mensaje á Don Carlos, renovando la lealtad de Bizcaya, podía encargarse á la Diputación hiciera presente los sentimientos del País; nombrarse una Comisión al efecto, pero

ante la gravedad del hecho que motivaba el acuerdo, prefirieron realizar el acto en Corporación, esto es, presentarse la Junta en masa al R., y allí, á su presencia, renovar el juramento de fidelidad y ofrecerle vidas y haciendas por la Causa que simbolizaba.

Apenas Don Carlos llegó á Durango, solicitó la Junta general una audiencia, que, otorgada en el acto, se celebró el tres de Mayo, es decir, al siguiente día de levantado el cerco de Bilbao.

No fué el acto de esos suntuosos en que el fausto y la grandeza brillan por cima del objeto de la ceremonia, no, que ni Biz-

caya acostumbra rodear á sus actos de gran pompa y ostentación, ni los momentos se prestaban á ello, ni los representantes del Señorío eran hombres que se fijan en esas pequeñeces. Leales á toda prueba, sólo se cuidan de que se conozca su buena voluntad y les es indiferente realizarla en una ú otra forma.

Reuniéronse todos, absolutamente todos los Apoderados de las nueve Merindades de Bizcaya, en número de más de cincuenta individuos, en el salón de la casa morada de Don Carlos, presididos por el Excmo. Señor D. Luis Mon, Conde del Pinar, Corregidor del Señorío, de los Diputados generales D. Pedro María de Piñera y D. Fausto de Urquizu, y asistiendo, además, los Síndicos D. Gustavo de Cobrerros y D. Juan José de Llona; los Consultores D. Juan Nicolás de Tollara y D. Pantaleón de Sarachu; los Padres de Provincia Excmo. Señor D. José Niceto de Urquizu, D. Lorenzo de Arrieta Mascárúa y algún otro que no recordamos, y el Secretario de Gobierno D. José Antonio de Olascoaga. Debemos notar, entre los concurrentes, á los señores D. Gaspar de Belaustegui, D. José M.^a de Ampuero, D. Pedro de Allende Salazar, Don Frutos J. de Epalza, D. Juan E. de Orue y otras muchas personas de distinción y que representaban las fuerzas vivas de Bizcaya en aquellos momentos.

Presentóse Don Carlos, acompañado de toda su servidumbre, entre los que notamos á Dorregaray, Iparraguirre, Vives, Marichalar, **Valde-Espina (hijo)**, Morales, Ponce de León, Faura y otros varios que en este momento no vienen á la memoria.

Adelantóse el Conde del Pinar, y en frases elocuentes y expresivas, expuso á Don Carlos los sentimientos de Bizcaya, consignando que, lejos de entibiarse la fe del Señorío en la causa de su Señor, se afirmaba más y más, y que anhelando manifestar su adhesión, habían deseado las Juntas de Merindades, presentar sus respetos al Señor, á la vez que ofrecerle de nuevo vidas y haciendas en defensa de la justa y noble Causa que simbolizaba. Añadió que este ofrecimiento no era una vana fórmula, sino que, naciendo del corazón, se hacía con toda la sinceridad y energía que Bizcaya sabía desplegar en los momentos supremos.

Hondamente conmovido Don Carlos, ante tan expresiva muestra de amor, acogió á la Junta general con aquel afecto que los Reyes tradicionales profesan á su pueblo, y en las frases de cariño que pronunció, aceptando la lealísima manifestación de

Bizcaya, reveló cuánto apreciaba al fiel Señorío.

Las palabras del Señor fueron acogidas con unánime aclamación y los gritos de ¡Viva el R.! ¡viva nuestro legítimo Señor! se repitieron con entusiasta calor, precedidos de los dedicados á la Religión y á los Fueros, que Bizcaya ha unido y enlazado siempre la causa de Dios y de sus libertades á la de la legitimidad de sus Señores.

Terminada la recepción oficial, digámoslo así, Don Carlos conversó largo tiempo con todos y cada uno de los Apoderados, enterándose detenidamente de la organización y funcionamiento de las Juntas, de los asuntos de interés y de la verdadera situación del País, discutiendo con elevación acerca de cuanto se relacionaba con el porvenir de Bizcaya.

Fué tan grata la impresión que este suceso, sencillo en la forma, pero de incalculable trascendencia, causó en cuantos lo presenciaron, que aquel mismo día encargó la Diputación al distinguido pintor don Antonio María de Lecuona, trasladara al lienzo la tierna y solemne escena. El momento escogido por el artista, no puede ser más oportuno: Don Carlos se presenta en el salón, seguido de su servidumbre; los Apoderados, forman un grupo, á cuyo frente están los Diputados generales, y el Corregidor dirige la palabra al Señor, en nombre de Bizcaya, ofreciéndole vidas y haciendas. Todas las figuras son retratos de los que figuraron en el acto y sólo sentimos que las reducidas proporciones de la fotografía que nos hemos podido procurar, no permita detallar con claridad la fisonomía de la gran mayoría de los asistentes.

Este bellissimo cuadro, que se colocó en la Antigua de Guernica, fué llevado á Bilbao al ocupar el Ejército alfonsino aquella villa, é ignoramos lo que ha sido de él. Dícenos que una copia exacta existe en Lequeitio. De todos modos nos complacemos en ofrecer á nuestros lectores el recuerdo de un acto que revela la adhesión de Bizcaya á Don Carlos en los momentos de mayor angustia.

M. N.

COPO DE LA COLUMNA NOUVILAS

EN CASTELLFULLIT (CATALUÑA), EL 14 MARZO DE 1874

HALLÁBASE sitiada por los carlistas la importante villa de Olot.

No ignorando el General Savalls que en Gerona estaba haciendo sus preparativos de marcha una columna al mando del General Nouvilas, con el

objeto de acudir á levantar el sitio y provisionar de municiones de guerra á las tropas sitiadas, ordenó que las fuerzas de que disponía, que eran las de los Batallones 1.º, 2.º, 3.º y 5.º de la Brigada de Gerona, 4 compañías del 2.º y 2 del 1.º de la Brigada de Barcelona, 40 Mozos de la Escuadra, 40 caballos y 2 piezas de Artillería de montaña, dotadas del personal correspondiente, sumando en total unos 2,500 hombres, en combinación con las fuerzas del Brigadier Auguet, ocuparan los puntos siguientes: el General Savalls con el 1.º Batallón de Gerona, el 5.º de Barcelona, Mozos de la Escuadra, Caballería y Artillería, el pueblo de Castellfullit é izquierda del mismo; el Brigadier Auguet con el 2.º Batallón de Gerona, 2 compañías del 1.º y 4 del 2.º de Barcelona, la derecha de Castellfullit, ó sea la sierra de San Julián, y el 3.º Batallón de Gerona el punto llamado Coll de Santa Pau, con lo que fácilmente podía éste último darse la mano con las fuerzas del Brigadier Auguet.

El día 13 de Marzo de 1874 llegó Nouvilas á Besalú con sus fuerzas, que se componían de 2 Batallones del Regimiento de Cádiz, un Batallón de Navarra, un Batallón Cazadores de Arapiles y otro de Barcelona, 170 Carabineros, 160 voluntarios, 2 escuadrones de caballería, uno de Almansa y otro de Tetuán, 4 piezas de Artillería de montaña, con la brigada correspondiente de municiones para sus fuerzas y para provisionar la guarnición de Olot.

Al saber el General Savalls la llegada de Nouvilas á Besalú, mandó al 1.º Batallón de la Brigada de Gerona á ocupar la sierra llamada la Devesa que es el flanco izquierdo; Castellfullit, que formaba el centro, lo ocupaba dicho General Savalls con las fuerzas arriba indicadas, destacando de las mismas una compañía á Batet con el fin de vigilar la guarnición de Olot; y el Brigadier Auguet con las fuerzas indicadas anteriormente, lo mismo que el 3.º Batallón de Gerona, continuaron en las posiciones ya mencionadas, ó sea la sierra de San Julián y Coll de Santa Pau.

Nouvilas pernoctó en Besalú y al día siguiente, ó sea el 14, emprendió la marcha, dirigiéndose al pueblo de Montagut, á donde había mandado el General Savalls, ignoramos con qué objeto, el 5.º Batallón de Barcelona, de modo que se cruzaron algunos tiros con la columna de Nouvilas, aunque sin resultado. La columna siguió su camino y Savalls mandó el 1.º Batallón de Gerona, dividido en tres secciones, para que vigilase la dirección del enemigo, hostilizándole al mismo tiempo, aprovechando la escabrosidad del terreno, y con el fin de entretenerlo para dar tiempo á la llegada de los demás voluntarios, y mandó al mismo tiempo una orden al Brigadier Auguet, para que todas las fuerzas de su mando se dirigiesen, sin pérdida de momento, al pueblo de Castellfullit. Al recibir Auguet dicha orden reunió las fuerzas y poniéndose él al frente, bajó á paso ligero á dicho pueblo, habiendo al mismo tiempo pasado aviso al 3.º Batallón de Gerona que, como ya hemos indicado, se hallaba en el Coll de Santa Pau, para que se reuniese pronto con los demás en Castellfullit.

Llegó Auguet á dicho pueblo, en donde le aguardaba un ayudante de Savalls, quien le mandó de orden de dicho General que se dirigiese á la parte de Oix, que era la dirección que había tomado el enemigo. Savalls se hallaba en una casa de campo llamada Canadell, la que, si bien está lejos del punto donde se libró la acción, no obstante, por su posición muy elevada, permitía poder ver todas aquellas montañas. Entonces el Brigadier Auguet mandó al Teniente Coronel del 2.º Batallón de Gerona que con los voluntarios que allí se hallaban, que no eran más que los del mencionado 2.º Batallón, 2 compañías del 1.º y 4 del 2.º de Barcelona, ya que el General Savalls en vista de la dirección que había tomado el enemigo, había desocupado por completo el punto de Castellfullit, marchase inmediatamente por la parte de Oix, tomando allí mismo el camino que conduce á dicho pueblo, y que él se dirigía á Canadell á fin de ver al General Savalls y enterarse de un modo más concreto, no sólo de la dirección del enemigo, si que también de las posiciones que ocupaban las demás fuerzas carlistas y que, conseguido este objeto, iría á reunirse de nuevo con ellas.

Salió al frente de sus soldados el mencionado Teniente Coronel en dirección á Oix, según se le había mandado; y como á precaución mandó á vanguardia la llamada Compañía de guías, compuesta de unos 80 hombres, todos escogidos y armados con fusiles del sistema Remington. Al llegar á la vista de la sierra del Toix y á una distancia de tiro de fusil, se halló con que el enemigo tenía tomadas todas las posiciones de alguna importancia, en vista de lo cual y de las pocas fuerzas de que disponía el mencionado Teniente Coronel, mandó hacer alto, y formando su Batallón y las 6 compañías de la Brigada de Barcelona que tenía agregadas en columna cerrada, á fin de aguardar que llegase el Brigadier Auguet ó bien que se le comunicaran otras órdenes, dispuso que la mencionada Compañía de guías se adelantase hasta colocarse muy próxima al enemigo, ó sea al punto llamado Serrat de la Oliva.

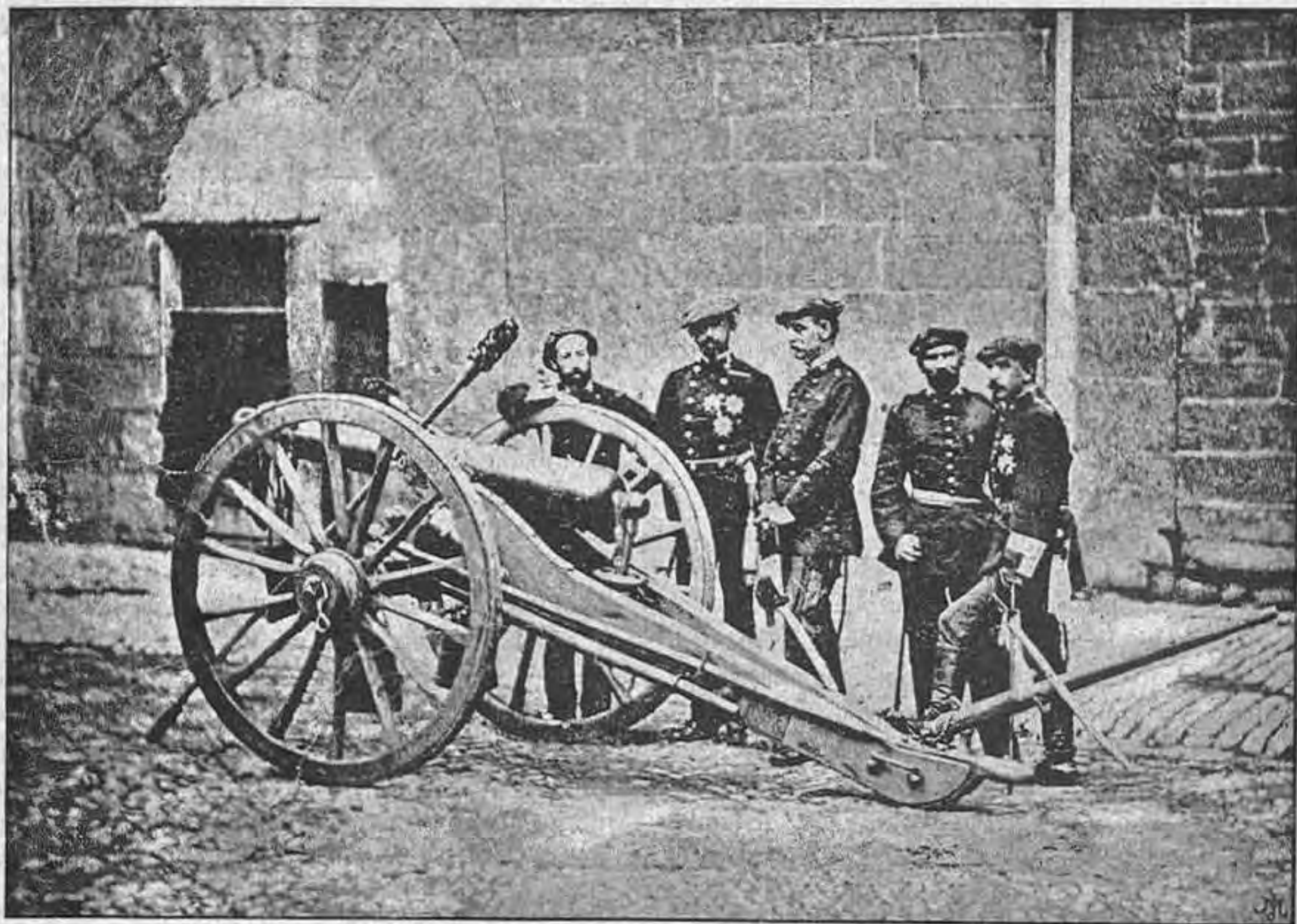
Después de haber formado las fuerzas en la forma manifestada, rompió el fuego el enemigo con la Artillería, y D. Martín Miret, que por una coincidencia se halló en aquella acción, preguntó al Teniente Coronel que mandaba á los carlistas qué órdenes tenía. Este le comunicó lo que le había confiado el Brigadier Auguet, mas como el enemigo con su Artillería les hostilizara con insistencia, resolvieron de común acuerdo, y, en el interín que llegase el expresado Brigadier ó que recibiesen nuevas órdenes, ponerse á cubierto de la Artillería liberal: para practicar esta operación no tuvieron que hacer más que retroceder por el mismo camino y colocarse detrás de una sierra poco elevada, pero sí lo suficiente para resguardarse del fuego de cañón.

Sin duda Nouvilas creyó que los carlistas se retiraban por temor á su Artillería, y como por otra parte su ideal era llegar á Olot, desocupó las posiciones de la llamada sierra del Toix, reuniendo todas sus fuerzas para tomar el camino de dicha Villa, lo

cual visto por el General Savalls y el Brigadier Auguet, desde de la casa de campo ya citada, llamada Canadell, con el toque de corneta mandaron romper el fuego al 2.º Batallón de Gerona, cuyo toque se repitió por orden del Teniente Coronel del mismo para la Compañía de guías, á fin de que ésta por la circunstancia de hallarse próxima al enemigo, y sin que éste lo hubiese advertido, fuera la que rompiese el fuego, de modo que dicha compañía no tuvo que hacer más que andar muy pocos pasos y hallarse frente al enemigo, al que saludó con una descarga cerrada, pero tan certera que, según confesión del mismo General

Nouvilas, le causaron 14 bajas; al momento las demás fuerzas del 2.º Batallón de Gerona juntamente con las 4 compañías del 2.º y 2 del 1.º de Barcelona desplegaron guerrillas por derecha, izquierda y centro, haciendo fuego en toda la línea y siempre avanzando.

Por la parte de Viaña ó sea el camino de Capsech, que era el que debía seguir la columna para pasar á Olot, según la dirección que había tomado Nouvilas, mandó el General Savalls el 5.º Batallón de Barcelona, de modo que si bien con fuerzas muy inferiores, no sólo en número sino en armamento, se consiguió tener del todo envuelto al enemigo, y, como por otra parte las



Examen de un cañón carlista

municiones empezaban á escasear, se resolvió cargar á la bayoneta, á fin de arrojar á la tropa de sus posiciones, á cuyo objeto se mandó á la Compañía de guías del 2.º Batallón de Gerona que armase bayoneta y que subiese la cuesta sin disparar los fusiles hasta llegar al punto donde estaba el enemigo.

Cuando las tropas liberales se vieron arremetidas por aquel puñado de hombres, trataron de rechazarlos, haciendo nutridas descargas; todo fué inútil para ellos, los carlistas, sin tener en cuenta la desigualdad de fuerzas con que luchaban, subieron la cuesta hasta llegar á la cumbre de la sierra del Toix que era la que ocupaba la fuerza liberal, que al recibir la primera descarga y verse atacada á la bayoneta tan denodamente, huyó á la desbandada.

El campo quedó, pues, por los carlistas, y el resul-

tado de esa acción memorable el siguiente: prisioneros sobre 2,000 hombres entre soldados, Jefes y oficiales juntamente con el General Nouvilas, fusiles 2,500 con sus correspondientes bayonetas, carteras y demás equipo del soldado en campaña, 160 caballos con sus monturas, sables y tercerolas sistema Remington, 4 piezas de Artillería de montaña con todo el material necesario para el servicio de las mismas, de 35 á 40 acémilas, la mayor parte cargadas de municiones de guerra, como también revólvers, sables, espadas y muchas parihuelas, y por último una gran suma en metálico. Esto fué lo acaecido, salvo rarísimos incidentes que de ningún modo pueden alterar la verdad de lo expresado en la presente relación.

R. V.

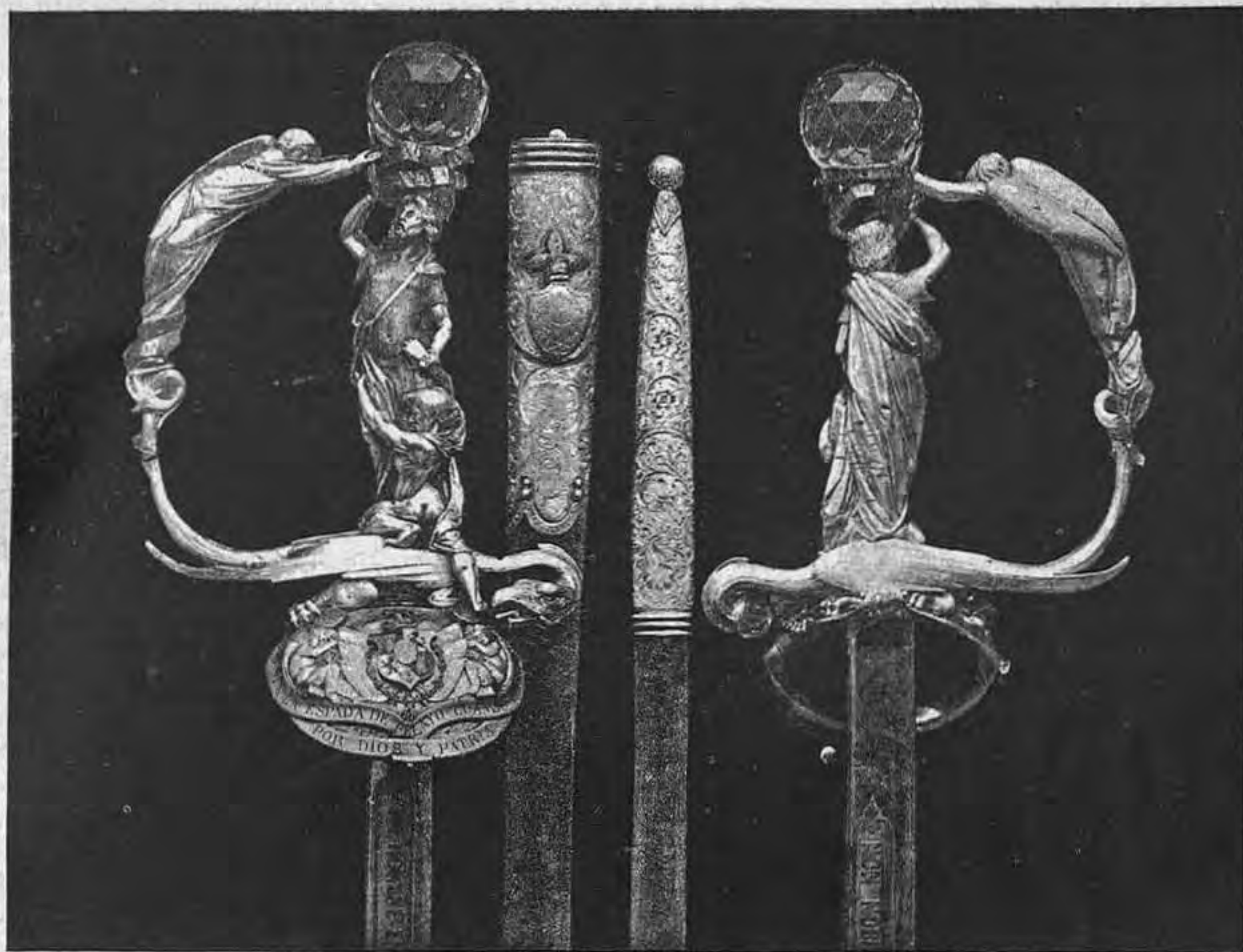
GUERRA DE MONTAÑAS

III Y ÚLTIMO

La ocupación de una posición central por el grueso del ejército facilitará a la defensa la oposición en el punto atacado por el enemigo, de fuerzas superiores a las suyas y el poder, por lo tanto, rechazarle por completo allí mismo ó atraerle al terreno que le sea más favorable y que ya tenga preparado de antemano, ó,

en fin, amenazar la base de operaciones del enemigo y las comunicaciones entre sus distintas columnas, para así hacerle retroceder y obligarle a dar la acción, no donde se había propuesto, sino a retaguardia, en terreno ocupado oportunamente por tropas de la defensa para mejor quebrantar la moral del ofensor.

Como los ataques de frente rara vez dan buen resultado, cuando los defensores saben cumplir con su deber, sólo se puede pensar en forzar las líneas ó puestos defensivos, ejecutando movimientos envolventes que obliguen a la defensa a abandonar sus posicio-



Regalo anónimo recibido por Don Carlos

nes sin llegar a combatir; así, pues, las maniobras tácticas de la ofensiva suelen reducirse a marchas y contramarchas harto difíciles, no sólo por tenerlas que llevar a cabo con poco frente, en la mayor parte de los casos, si que también porque pueden desordenarlas fácilmente una tempestad (1), un torrente, una

(1) A propósito de tempestades desencadenadas en medio de los combates, se nos ocurre recordar aquí un hecho que seguramente juzgarán providencial nuestros lectores, y de cuya autenticidad responde el General liberal D. Fernando Fernández de Córdova, segundo Marqués de Mendigorria, quien lo consigna en su curiosa obra titulada *Mis memorias íntimas*. El hecho, tal como da cuenta de él el citado General liberal, es el siguiente. «Al principiar el combate (la batalla

lluvia que haga intransitables los caminos ó la nieve que obstruya los puertos, y no es posible en país montañoso calcular las marchas y prever sus resultados con la misma precisión y exactitud que en los países llanos y descubiertos.

»de Mendigorria) por el despliegue de tiradores, estalló una gran tormenta, cayendo varios rayos. La electricidad era terrible. Un trueno coincide con la carga de la caballería carlista: la tropa se sobrecoge en el primer momento y Magenis se vuelve a los granaderos y les dice: *¡Firmes, muchachos, esta es el alma de Zumalacárregui que baja a los quintos infernos!* En este momento una bala le atraviesa la cara, le parte la lengua y le arrebató gran número de muelas y dientes.»

Como decíamos, en las montañas los ataques de frente rara vez dan buen resultado, los proscriben la ciencia y los condena la práctica con crueles derrotas. Para vencer en terreno sembrado de obstáculos, el atacante tiene que recurrir á los grandes movimientos envolventes á fin de tomar posiciones sobre los flancos ó á retaguardia del defensor, obligarle á atacar y adquirir así sobre él la ventaja táctica de la defensiva; pero como las grandes maniobras envolventes que, como éstas, exigen importantes movimientos, bien por los valles, bien á través de las montañas, entran de lleno bajo el dominio de la estrategia: he aquí porque dijimos al principio que en esta clase de guerra se confunden la táctica y la estrategia y es punto menos que imposible marcar los límites que separan la acción de cada una de ellas.

Sin entrar aquí á considerar la importancia ni las ventajas ó desventajas de los teatros de operaciones que se apoyen en montañas de primero, segundo ó tercer orden, ni de las cordilleras que se extiendan á lo largo ó paralelamente á una frontera, ó que atraviesen un territorio, haremos notar que la guerra puede tener lugar en país enteramente cubierto de montañas ó en país simplemente rodeado ó atravesado por las mismas.

En el primer caso (es decir, cuando el país está enteramente cubierto de montañas), las operaciones, tanto ofensivas como defensivas, son sumamente complicadas; las acciones se suceden sin interrupción, á veces tienen lugar simultáneamente en varios puntos; pero sus resultados no suelen ser decisivos y la guerra se prolonga sin grandes probabilidades de éxito para la defensa á no ser que no se circunscriba á una parte más ó menos limitada de la nación, sino que se interesen en ella todos los habitantes, todas las poblaciones. Las operaciones ofensivas también son muy peligrosas, muy aventuradas, en medio de la multitud de serios obstáculos que á cada momento las entorpecen, sin que en realidad puedan dar un resultado definitivamente satisfactorio cuando no tienen por principal objeto aislar á los defensores por medio de acertadas líneas que encierren su acción en límites estrechos y que, convertidas en verdaderas líneas de bloqueo, les impidan todo género de expediciones que les puedan proporcionar recursos y que les obliguen á la defensa *pasiva*, la cual acabará por enervar sus fuerzas, al par que les obligará á agotar sus propios recursos, imposibilitando así la prosecución de la campaña.

Cuando se trata de un país llano rodeado de montañas, la ventaja está esencialmente de parte del defensor, quien debe cortar con zanjas, abiertas á propósito en el origen de los valles, la entrada en éstos é impedirlos con fortificaciones y baterías levantadas en todos aquellos puntos desde los cuales pueda el fuego de un par de piezas ó de unos cuantos expertos tiradores detener el avance del enemigo. También cuidará el defensor de cubrir con pequeños puestos los principales puntos por los que se pueda presumir que intente el enemigo desembocar en los valles, y, en fin, utilizando convenientemente tanto la telegrafía eléctrica

como la óptica y la acústica, conocerá con suficiente antelación los movimientos enemigos y podrá dar, en vista de ellos, las más oportunas órdenes para contrarrestarlos con la rapidez y la energía necesarias. El grueso de la defensa se distribuirá hacia las entradas de los valles, pero de modo que en caso urgente puedan reconcentrarse pronto en los puntos señalados de antemano, para desde allí trasladarse á aquellos otros sobre los que *realmente* se dirija el enemigo, los cuales puntos siempre se podrán conocer con tiempo si se ejerce con regularidad y acierto el servicio de exploradores.

Si el General encargado de defender una serie de montañas se propone ocupar desde luego *todos* los desfiladeros y *todas* las alturas, y establece en ellos desde el primer momento numerosas fuerzas, entonces el ofensor será siempre el más fuerte en el punto que se resuelva á abordar y fácilmente forzará la línea defensiva, la cual una vez cortada, aunque sea en un solo punto, se hará necesariamente insostenible (aun á costa de inmensos sacrificios); y si el General que dirige la ofensiva sabe cumplir bien con su cometido, no sólo se apoderará, al fin y al cabo, de todas las posiciones, sino que tendrá ocasión de hacer prisioneros á gran número de defensores, si éstos no han previsto bien el caso de retirada ó no la preparan ni la realizan con toda la habilidad, rapidez y energía tan necesarias, como difíciles de desplegar en medio de una derrota.

Antes de arriesgarse en un país montañoso un ejército, tanto su General como sus oficiales de Estado Mayor, deben conocer palmo á palmo el teatro de operaciones, estudiar la dirección y condiciones de los ríos que lo atraviesan y de las comunicaciones, así como si éstas bastarán ó no, y, en este último caso, cuántas y cuáles harán falta y en qué tiempo se podrán construir; también han de calcular detenidamente las bases sucesivas que convenga elegir en el transcurso de las operaciones, los puntos en que el desarrollo de éstas tropezarán con dificultades mayores ó menores, y, en fin, todo aquello que pueda influir más ó menos directamente en las victorias ó derrotas, desde el principio al fin de la campaña, sin olvidar el perfecto conocimiento del carácter y condiciones del General enemigo, porque si éste es experto, habrá que recurrir, para vencerle, á combinaciones raras, á movimientos nuevos y á estratagemas completamente desconocidas.

Si las operaciones ofensivas se dirigen al través de los valles principales, deberá preceder á la marcha del ejército, la de otras fuerzas, no muy numerosas, para no llamar demasiado la atención del enemigo, á fin de que éste atribuya su avance á un falso ataque y descuidando así un tanto la defensa por aquel punto, puedan más fácilmente aquellas fuerzas ocupar las posiciones que luego hayan de proteger la entrada del ejército en los valles, lo cual sólo podrá conseguirse gracias á atrevidas marchas y ataques, tan vigorosos como rápidos é imprevistos.

Los puntos convenientes para la concentración de

un ejército, lo mismo en la ofensiva que en la defensiva, son las confluencias de los ríos principales y los nudos de las comunicaciones, no sólo por su importancia estratégica, si que también por la dificultad que para el entretenimiento de numerosas tropas ofrecen las montañas; pero como estos puntos de concentración se encuentran en los valles y las tropas no podrían sostenerse en ellos si las alturas estuviesen en poder del enemigo, no es (como sostienen muchos) la exclusiva posesión de los valles ó la de las alturas la que asegura el dominio de un país montañoso, sino que lo más conveniente para ello es establecer en las montañas pequeños puestos que, al abrigo de las ventajas del terreno, puedan rechazar una sorpresa y sostenerse el tiempo necesario para recibir refuerzos, y, distribuir por valles el grueso del ejército situándolo en puntos desde los cuales pueda acudir pronto en auxilio de las posiciones atacadas por el enemigo.

A veces se extienden á lo largo de las montañas grandes llanuras ó mesetas que pueden ofrecer notables ventajas á un ejército que sepa aprovecharse de ellas, sobre todo si están situadas estas mesetas hacia el origen ó punto de reunión de varios valles, pues en ellas puede un ejército marchar, acampar y batirse como en terreno firme y unido, y desde ellas puede amenazar á un mismo tiempo todos los valles y asegurar su dominio, máxime teniendo en cuenta que únicamente en condiciones muy desfavorables podrá atacarle el enemigo.

Resumiendo lo expuesto sobre la guerra de montañas, diremos:

Para defender un país montañoso se reúne el ejército en los valles, se ocupan las principales alturas y los más importantes pasos, con pocas tropas, las exclusivamente necesarias para contener el primer empuje del enemigo, y cuando ya se conocen bien las intenciones de éste, es decir, el punto ó puntos por donde realmente se propone forzar las líneas defensivas, allí acude el grueso de la defensa, la cual no deberá dirigirse con arreglo al sistema de *cordón* ó sea de ocupar *todas* las posiciones ventajosas, porque este sistema condenado por la teoría, ha dado fatales resultados en la práctica.

Para atacar un país montañoso, cuando la defensa está inspirada en el verdadero espíritu que debe informarla, es decir, cuando el ejército se establece en los valles, en un punto central desde el que fácilmente pueda acudir á los de mayor peligro, entonces rara vez consigue el ofensor la victoria, la cual, en este caso, sólo se puede deber al tan perfecto como detallado conocimiento del terreno, al buen servicio de espionaje y á la actividad y energía con que se lleven á cabo los movimientos envolventes tan difíciles de ejecutar en medio de las montañas, cuando tienen lugar á la vista y bajo la acción inmediata del General en Jefe. Cuando es el de *cordón* el sistema defensivo, entonces avanza por dos ó tres valles el ejército ofensor, precedido de fuerzas que exploren y vigilen las alturas y los valles laterales, y como la línea enemiga es demasiado extensa para que pueda oponer suficiente resistencia en

todos sus puntos, fácil será forzar algún paso y una vez conseguido esto, difícilmente podrá el defensor retardar mucho su completa derrota.

REYNALDO BREA.

EL VOLUNTARIO CARLISTA

SONETO

Se bate firme aun con siniestra suerte
y de dulces cariños alejado,
en cumplimiento del deber sagrado
sin pensar en la vida ni en la muerte,
lo mismo en la llanura que en el fuerte
como león pelea entusiasmado
que ante el recuerdo de su R., amado,
nunca el peligro en su redor advierte.
Si alguna bala en su interior se ensaña
y en postrer suspiro ya se siente...
¡sin ver el feliz fin de la campaña!
después de haber cumplido cual valiente
confiesa cual cristiano penitente
y muere ya gritando: ¡Viva España!

R. BREA

ERAUL

EPISODIO DE LA GUERRA CARLISTA, POR D. JOAQUÍN LLORENS



POCOS meses hacía que en las provincias vascongadas y Navarra se había dado el grito de ¡viva Carlos VII! Las partidas aumentaban en número

y en fuerzas y ya se las iba agrupando con el objeto de formar batallones, cuando, después de marcha penosa, fueron sorprendidos en Peñacerrada. Gracias á la serenidad de Lizárraga y del entonces brigadier Ollo, las pérdidas no fueron numerosas, pero el ánimo quedó tan abatido, que las desertiones, cosa hasta entonces desconocida, empezaron á menudear.

Para levantar el espíritu, no encontraron los jefes carlistas medio más seguro que empeñar acción con alguna de las muchas columnas que los perseguían, y así lo decidieron, á pesar de la resistencia que Dorregaray presentaba por el temor de que una derrota concluyera con el levantamiento.

Eran las nueve de la mañana del 5 de Mayo de 1873 cuando las fuerzas carlistas salían del pueblo de Galdeano y subiendo el puerto de Echevarri tomaban po-

siciones en los montes de Eraul. La columna del coronel Navarro los perseguía tan de cerca, que no fue menester más que estarse quietos para tenerla frente por frente. A la una de la tarde se distribuían las fuerzas en un terreno cubierto de espesos árboles y mato-



rrales y de peñascos enormes, por entre los cuales le era difícil á la gente de á pie andar de prisa. A las tres se rompió el fuego: el coronel liberal Sr. Navarro, que era joven y valiente, atacó con gran arrojo, secundado admirablemente por sus oficiales y soldados. A las cuatro las fuerzas enemigas habían llegado á lo alto del puerto y hecho ceder terreno á los dos batallones navarro y guipuzcoano que les cerraban el paso. Cuatro compañías del 2.º, al mando de Calderón, reforzaron á los carlistas, pero el retroceso sigue; llega Radica con las otras cuatro compañías y carga á la bayoneta, pero es rechazado; acude el 3.º de Navarra y se da una nueva carga, pero también fué batido; Radica, loco de coraje, se pone á la cabeza de las compañías del 2.º y 3.º, y vuelve á la carga, se llegan á cruzar las bayonetas, pero al fin, los carlistas son por tercera vez rechazados. En el campo de éstos empieza á reinar la confusión; el general Lizárraga, brigadier Olo y el teniente coronel Radica reúnen á los más valientes, los animan y arengan, les dan ejemplo cogiendo un fusil, pero no logran vuelvan á cargar.

Todo estaba perdido; no cabía esperanza alguna. De pronto, llega un refuerzo inesperado, imposible, y para el que ha visto el terreno, increíble: era la caballería. El marqués de Valde-Espina, sable en mano, iba á su cabeza; despreciando dificultades, levantando los caballos que se caían, con el cuerpo echado sobre las crines para librarse de los árboles y marchando de á uno, así se presentó la caballería en aquellos picos, donde el pie humano no encuentra un palmo de terre-



no llano donde colocarse. Valde-Espina, seguido de Sanjurjo, de Lirio, de Ortigosa, de una sección de húsares que se habían pasado y de un medio escuadrón de lanceros navarros, arrojóse en medio de las filas del enemigo. La desbandada infantería carlista se anima, se reúne en pelotones, y tras de los caballos se lanza de nuevo á la bayoneta.

El enemigo vió con el mayor asombro llegar á la caballería, pero eran valientes é hincaron la rodilla en tierra, presentando la punta de la bayoneta al pecho de los caballos. Muchos de estos se perniquebran, ruedan por las pendientes los jinetes, un cazador da un bayonetazo en el pecho al marqués, pero éste, aunque herido, de una cuchillada le raja la cabeza; Sanjurjo mata de un tiro á otro, Lirio es herido, un alférez pasado cae muerto, mientras que Ortigosa llega á un cañón, salta por encima de él, y derriba de una estocada al artillero que iba á introducir un bote de metralla. El combate de la caballería con la infantería liberal duró pocos minutos, porque los voluntarios navarros y gui-



puzcoanos llegaron detrás, cargando en seguida de un modo tan ardiente, tan impetuoso, tan heroico, que sus enemigos se declararon vencidos, dejando en poder de los carlistas un cañón, y gran parte de los soldados que componían el regimiento de Sevilla. El bravo coronel Navarro,

que con los otros jefes había acudido á las guerrillas, entregó su espada á un soldado guipuzcoano; Acellana, teniente coronel de ingenieros, tam-



bién rindió la suya, y lo mismo le sucedió al comandante Batllé.

Esta victoria cambió la faz de la guerra. Los desertores volvieron á sus puestos acompañados de centenares de paisanos y pronto se formaron nuevos batallones.

La acción estaba perdida, Valde-Espina la ganó. La carga de caballería fué un disparate, militarmente hablando; el terreno la repugna, la hace imposible, pero este disparate hizo que el 5 de Mayo de 1873, fuera un día gloriosísimo para las armas carlistas.

JOAQUÍN LLORENS

LA NOCHE DE SAN LORENZO

UNO de los episodios más notables de la campaña de Cataluña en 1849, fué, sin duda, el ocurrido en el pueblo de San Lorenzo de Morunys, en la madrugada del 1.º de Marzo de aquel año.

Hallábase Cabrera en Santa Madrona el 28 de Febrero, acompañado de su E. M. G., de su compañía de Guías y de alguna fuerza perteneciente á Tristany, Marsal y Borges, en número de unos 1,600 hombres, con ánimo de esperar la columna mandada por el Brigadier D. José Pons (a) Bep del Oli, para atacarla, cuando llegó á su noticia que dicha columna, que se hallaba en Torá, estaba en combinación con la mandada por Trinidad Alvarez, situada en Ciurana y con la del General Manzano procedente de Manresa.

Cabrera dió la orden de marchar, para no ser sorprendido, y con su fuerza formada en columna, se dirigió á Masanas y de allí á las colinas de Purgimont, donde hizo alto, esperando el ataque del enemigo. Desde la una de la tarde vimos las tres columnas que

á paso acelerado procuraban darnos alcance; pero á las cuatro, y viendo que la noche iba á echarse encima, las vimos contramarchar cada columna en dirección de donde habían venido, sin otro resultado que algún fuego con nuestras guerrillas. Nosotros continuamos en nuestra posición hasta entrada la noche, y entonces dió la orden Cabrera á Tristany de dirigirse con la fuerza á las riberas del Segre, para llamar la atención del enemigo, mientras que él, acompañado de unos 30 Guías y 8 ó 9 caballos de su E. M. se retiraba á descansar á San Lorenzo.

Emprendimos la marcha con dirección á este último punto, pasando por el Hostal del Plá y el desfiladero llamado el Pas dels Lladres, y llegamos á San Lorenzo á las nueve de la noche. Cabrera, que se hallaba muy molestado por la herida que recibió en la acción de Amer, el 9 de Enero, que le atravesó la pierna por la rodilla y que aun no estaba cicatrizada, se acostó tranquilamente en cuanto llegó á su alojamiento, dando encargo á su Jefe de Estado Mayor, que esto escribe, que tomase las disposiciones convenientes. El punto más peligroso en aquel momento era el camino que habían recorrido, y á él mandamos nosotros tres Guías con igual número de paisanos conocedores del país, para que se escalonasen en tres puntos, desde el Pas dels Lladres hasta San Lorenzo, con la orden de comunicarnos cuanto ocurriese. Dispusimos además, poner una guardia de cinco hombres y un Oficial en el alojamiento del General, y que los demás Guías se alojasen en dos casas inmediatas.

Serían las doce de la noche, cuando se presentaron en el alojamiento del Jefe de E. M. el Ayudante del mismo D. Isidoro de Iparraguirre y el Habilitado Capitán Toledo, manifestándole, que un bagajero que habían despedido al llegar al pueblo, se había vuelto desde el Hostal del Plá para prevenirnos hallarse en dicho punto reuniéndose la columna mandada por el Bep del Oli, á cuyo Jefe había oído decir á sus soldados:—«daos prisa, muchachos, que esta noche vamos á coger á Cabrera y á Cevallos y los vamos á colgar de un árbol.»—Es de advertir, que habíamos formado parte del consejo de guerra de oficiales generales que condenó á ser pasado por las armas, por traidor, á su hermano el Coronel D. Miguel Pons, y sin duda, por eso nos reservaba aquel regalo.

Fuimos en el acto á dar parte al General Cabrera de lo que ocurría, rogándole se vistiese y montase á caballo, antes que el enemigo se acercase al pueblo; pero Cabrera, que se halla muy cansado y dolorido, no quiso hacer caso y contestó, que había tiempo para esperar el aviso de los Guías y confidentes, pues con sólo salir del pueblo estábamos á salvo. Nosotros, sin embargo, dispusimos que el Teniente León pasase con cuatro hombres á situarse á la última casa del camino del Hostal del Plá y que diese aviso de la llegada del enemigo: creímos prudente asimismo, que se ensillasen los caballos y se car-

gase el equipaje, y en un colchón nos echamos al lado del General. No hacía media hora que habíamos tomado estas disposiciones, cuando llegó apresuradamente el oficial León, diciéndonos que el enemigo estaba cercando el pueblo.

Antes de continuar esta relación, conviene explicar la situación topográfica de San Lorenzo de Morunys. Este pueblo, que tendrá unos 900 habitantes, está situado sobre una roca, la cual sirve de pavimento á sus calles: perteneció antiguamente á los Templarios y se conservan aún sus murallones y tres portales que dan entrada al recinto; uno de ellos conduce al camino de Berga, otro al de Solsona y otro al de Cambrils y todos de herradura, y en este último hay un camino formando cornisa, por donde se baja á un barranco de más de 200 metros de profundidad, en donde se encuentran los molinos. Esta cornisa, que tendrá un metro de ancho, está formada casi por escalones, hechos con las herraduras de las caballerías.

Al oír Cabrera que el enemigo cercaba el pueblo, se levantó y sin concluir de vestirse nos tomó del brazo y salió á la calle: los Guías alojados en las casas inmediatas se nos reunieron y nos dirigimos al portal de Solsona, donde fuimos recibidos por una descarga de una compañía allí apostada y que nos mató dos Guías. En aquel momento pidió el General su caballo; pero nadie se movía; colocamos el brazo de Cabrera en el de su asistente Baltasar, mozo aragonés y de muchos bríos, y nos dirigimos á la cuadra donde estaban los caballos y en donde reinaba la mayor confusión. Por fin, pudo el General, montar á caballo, se dirigió al portal, pero no encontró más que los dos cadáveres de los Guías. Al ruido de las pisadas de los caballos, los enemigos le hicieron otra descarga, de la que se pudo librar por hallarse situado el enemigo en uno de los lados de la entrada del pueblo. No tuvimos otro remedio que ir en busca del General y dirigirnos al portal de Berga en donde fuimos recibidos por otra descarga: ya en este caso y decididos á morir, nos dirigimos al portal de Cambrils, por donde llegaba el enemigo. Durante este tiempo se nos habían incorporado en las calles el Coronel Sorribas, el Ayudante de E. M. Iparraguirre, el Habilitado, el Médico y un ordenanza, todos montados.

Íbamos á la desfilada por la calle y al llegar á una especie de plazoleta inmediata al portal, llena de tropa formando un pelotón, salió de él una voz dando el: ¿quién vive? En aquel momento y no sabiendo qué contestar, no tuvimos más remedio que arriar las espuelas al caballo, dar una cuchillada á un soldado que alargó la mano para coger la brida del mismo, y dirigirnos al camino de la cornisa por donde nos siguieron los seis compañeros. Bajamos al trote por aquellos escalones, expuestos á que al primer resbalón cayéramos al precipicio, y acompañados de los balazos que nos disparaban desde la altura. Es indudable que aquella fuerza oyendo las pisadas de nuestros caballos y con la oscuridad de la

noche, no se atrevió á hacernos fuego á nuestra salida creyendo éramos de los suyos; pero es seguro que á la Providencia y á nuestra desesperación debimos el salvarnos.

Réstanos aún explicar cómo el Brigadier Pons verificó la sorpresa y cómo se salvó Cabrera. El Bep del Oli era un antiguo guerrillero de los que hicieron la campaña apostólica de 1827 y más tarde la de los siete años, concluyéndola á las órdenes del Conde de España, á quien contribuyó á asesinar. Concedor del país, enemigo encarnizado de Cabrera y muy ducho en nuestro modo de guerrear, quiso hacer un alarde de ello para bienquistarse con el gobierno de Madrid; además, quería vengar el fusilamiento de su hermano, á quien él mismo comprometió. Al efecto, esperó una ocasión favorable, y pareciéndole propicia la de aquel día, fingiendo su retirada á Ciurana, supo, sin duda, la separación de nuestra fuerza en Purgimont y la ida de Cabrera con poca fuerza á San Lorenzo; resolvió, pues, dar el golpe sin conceder descanso á su tropa. Sabiendo que nosotros debíamos tener vigilados los caminos, despachó delante una docena de sus peseteros ó cipayos, hombres del país, concedores del lenguaje, y cubiertos con sus barretinas y sus mantas para sorprender á nuestros vigilantes. Cuatro de ellos iban delante, y al echarles el ¿quién vive? contestaron— «confidentes que traemos pliegos para el general.» — Nuestros hombres los dejaron aproximar, pero en mal hora, pues al reunirse á nuestra pareja cosieron á puñaladas al Guía y al paisano. La misma operación practicaron en los dos puestos restantes, y así despejaron el camino á la columna del Bep.

Veamos ahora cómo se salvó Cabrera. Cuando los siete que salimos á caballo llegamos á los molinos en el fondo del barranco, hicimos alto para consultarnos si debíamos esperar á tener noticias de lo que había ocurrido al General, á pesar de que todos lo creíamos muerto ó prisionero. El sitio donde nos encontrábamos era peligroso, no sólo por su proximidad á San Lorenzo, sino que para salir de él teníamos que subir por la ladera opuesta, que en razón á la estrechura del barranco nos ponía á medio tiro de fusil del sitio donde se hallaba la columna: era necesario salir de este paso antes de que aclarase el día, y así lo hicimos. Cuando llegamos á la altura, llamamos en la primera casa de campo que encontramos y nos abrió un paisano; preguntámosle si había observado alguna novedad y si había pasado aquella noche por allí alguna gente: nos contestó, que sólo había oído tiros en San Lorenzo, pero que no había pasado por allí ningún *Matiné*: así nos llamaban. Preguntamos al payés si se atrevería á ir á San Lorenzo á saber noticias de lo que había ocurrido al General, cuyas noticias podría llevar á una casa que se divisaba á un kilómetro de distancia: el paisano accedió gustoso, y cogiendo una cesta de huevos, marchó al pueblo. Nosotros emprendimos la marcha hacia la casa indicada, al rayar del alba.

Llegades al punto indicado, mandamos preparar

comida para los jinetes y un buen pienso para los caballos, y colocamos un vigía en una de las ventanas de la casa, para que avisase á la menor novedad. Entregados estábamos á nuestros tristes pensamientos, por ignorar la suerte que había cabido á nuestro General y á sus compañeros, cuando el vigía vino á anunciarnos que se veía avanzar gente armada por el camino de San Lorenzo. En el acto mandamos poner bridas, y subimos á la ventana donde se había colocado el vigía y alcanzamos á ver con los gemelos de campaña, que sólo era una pequeña partida de unos 15 hombres á pie y uno á caballo. Los dejamos acercar y divisamos el uniforme de los Guías; salimos presurosos á recibirlos y no hay que decir lo grande que fué nuestra satisfacción cuando vimos que el que venía á caballo se desembozaba de su capote y nos tendía sus brazos; era el General Cabrera.

Excusado es referir los trasportes de alegría que experimentamos todos en aquel momento: nos veíamos á salvo de la sorpresa mejor combinada que se había dado hasta entonces y que sólo la Providencia y nuestro arrojo pudieron frustrar. Cabrera convino en que todo pudo evitarse siguiendo nuestros consejos, lo cual confesó enternecido. En medio de nuestra satisfacción sólo pensamos en almorzar bien y en oír de los labios de los recién llegados la siguiente relación:

Al llegar Cabrera al portal donde recibió la primera descarga y pedir su caballo, retrocedió y fué á buscar el portal de Berga, donde también fué recibido á balazos: entonces, seguido por el Coronel Gamundi y por sus Guías y apoyado siempre en el brazo de su asistente, se dirigió al de Cambrils decidido á morir.

La calle por donde marchaban es estrecha, y poco antes de llegar al portal, vieron penetrar por él una compañía de granaderos, que después supimos que iba mandada por el que fué más adelante General Rey. Pocos pasos separaban ambas fuerzas, y Cabrera que iba á la cabeza de la suya, dió un gran grito, diciendo: Muchachos, ¡viva el Rey! ¡A la bayoneta! Sorprendidos los granaderos, retrocedieron hacia el campo y comunicaron su pánico á las fuerzas que estaban en el portal: este momento dió tiempo á Cabrera y su escolta para salir á la plazoleta en donde había un abrevadero con una tapia detrás. Gamundi y sus Guías cogieron en sus brazos al General y lo lanzaron por encima de la tapia y en seguida saltaron ellos. Se hallaban en el campo, cogieron en brazos á Cabrera, porque se hallaba en tierra muy quebrantado por la caída y sin poder andar á causa de su herida, y principiaron á bordear el barranco. Un Batallón se hallaba formado en columna á su izquierda; de él se destacó un Capitán para reconocer á los que habían saltado la tapia; Gamundi le echó mano y amenazándolo con una pistola se lo llevó prisionero: al cuarto de hora, viendo que no eran perseguidos, lo pusieron en libertad. Los Guías, con Cabrera en brazos, principiaron á bajar

la ladera del barranco, que era casi vertical, tanto que no se hubieran atrevido á bajarla de día: de este modo y con muchísimo trabajo pudieron llegar á los molinos. Allí supieron que hacía poco tiempo habían pasado por allí unos Matinés á caballo; sacaron un bagaje, donde subieron á Cabrera, y emprendieron el mismo camino que nosotros habíamos llevado, hasta que nos encontraron.

Sólo perdieron al salir del pueblo, el caballo de Gamundi, el bagaje donde iba el equipaje de Cabrera y la cartera que contenía los papeles del Estado Mayor. Muertos, sólo tuvimos los dos Guías que cayeron en el primer portal y los tres que asesinaron antes de llegar á San Lorenzo. El Bep del Oli, viendo frustrada su intentona, se dió prisa á abandonar San Lorenzo con su columna, por temor de que Tristany fuese á cortar la retirada.

De este modo terminó aquel episodio memorable, del que aun existen varios que pueden recordarlo. Cabrera recobró su magnífico caballo, que le habíamos rescatado, y nosotros abrazamos al Jefe que tan querido nos era por su lealtad... hasta entonces jamás desmentida, y al cual habíamos ya juzgado muerto ó en poder del enemigo.

HERMENEGILDO D. DE CEVALLOS

NUESTROS GRABADOS

Voluntario carlista del Ejército del Norte

(lámina suelta).

El bellissimo soneto de nuestro colaborador D. Reynaldo Brea, inserto en la pág. 43 del presente número, retrata los sufrimientos, la fe y constancia del que voluntariamente acudía á defender la bandera de Don Carlos.

Reconocen esas dotes que tanto enaltecen y tanto honran á nuestros voluntarios, los que tuvieron ocasión de estudiar su modo de ser íntimo en los campos de batalla, en las marchas más penosas y aún en los tristes días que precedieron á los de la terminación de la guerra.

Cuántos fueron testigos de su abnegación, desprendimiento y valor, hacen justicia á las cualidades bellísimas que adornaban al soldado de Don Carlos.

La masa de detractores del mismo, la constituyen, por regla general, los que no llegaron á tener más noticia de nuestras guerras, que las que les suministraban publicaciones asalariadas del Gobierno liberal ó cronistas apasionados poco amantes de relatar los hechos sujetándolos al crisol de la verdad.

La Junta de Merindades de Bizcaya

(lámina suelta)

Véase el artículo de la pág. 36.

Don Jaime de Borbón (pág. 33)

El grabado del presente número, copia directa de fotografía entregada por Don Jaime al director de esta REVISTA, reproduce fidelísimamente las simpáticas facciones del joven Príncipe, esperanza del partido carlista español.

Consejo de Generales presidido por Don Carlos

(pág. 37)

En el salón de recepciones del Palacio Loredán se puede apreciar el mérito de este lienzo de Kirchmayr. Los personajes que en él figuran, son: los Sres. Valde-Espina, Iparra-guirre y Sangarrén, á la derecha de Don Carlos, y á su izquierda, los Sres. Cavero y Argonz.

Examen de un cañón carlista

(pág. 40)

Representa el momento en que el general Maestre, acompañado del brigadier Villar y coronel Claver, que están á su derecha, y de los brigadieres Pagés y Brea, colocados á su izquierda, estudian las condiciones de un cañón quitado al enemigo.

Los citados oficiales pertenecen todos al Cuerpo de Artillería, excepción hecha del Sr. Villar, que es del de Ingenieros.

Regalo anónimo recibido por Don Carlos

(pág. 41)

Es una bellísima espada de procedencia desconocida, y que Don Carlos aprecia como fiel expresión de la lealtad del pueblo tradicionalista á su Jefe y Caudillo.

Eraul (págs. 43-44-45)

Sabido es que en Eraul conquistaron las armas carlistas el primer cañón al enemigo.

Y pocos son los que ignoran que, gracias al arrojo del señor Marqués de Valde-Espina y de los voluntarios de Caballería á sus órdenes, nuestras fuerzas alcanzaron señalada victoria sobre las enemigas.

El episodio del presente número describe interesantísimos detalles de la batalla y la carga de Caballería que decidió del éxito de la acción.

LIBROS Y PERIÓDICOS RECIBIDOS

CRÓNICA DE LA CORONACIÓN DE LA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES. — Con paciente constancia y admirable exactitud, ha sabido el autor de este preciosísimo libro, D. Arístides de Artífano, recoger los datos todos de esta fiesta de recuerdo indeleble para el pueblo de Barcelona.

En lujosísima edición se ven recopilados los sermones predicados durante las fiestas de la coronación, documentos relativos á la misma, reseña de la procesión solemne que recorrió las principales calles de la ciudad, etc.

Al agradecer el obsequio del distinguido autor de la obra, que nos ha remitido un ejemplar de la misma, cumplimos un deber de justicia recomendando su adquisición.

Según verán nuestros lectores por el anuncio inserto en el lugar correspondiente, el precio del ejemplar en rústica es de 3 pesetas, y 4 con elegante encuadernación, y lo tenemos en venta en la Administración de esta Revista.

El beneficio que se obtenga en la venta de este libro, lo cede íntegro el autor para el culto de la Santísima Virgen de las Mercedes, en el templo de su nombre, en esta capital.

CONFESIONES DE UN CARLISTA, por el Capitán don F. Pérez.

En un folleto de 160 páginas se contiene un atinado é interesante estudio de la crisis por que acaba de atravesar el Partido carlista.

Analiza la cuestión desde su origen más remoto, ó sea á partir de la fecha en que los prohombres de la disidencia presentábanse como carlistas de corazón, y amantes, por tanto, del principio político que dió origen á la guerra de los siete años y á las sucesivas y de la personalidad del Jefe augusto que simboliza aquel principio y nuestros ideales, cuando en realidad han demostrado que ni entonces fueron, ni ahora son, monárquicos ni menos legitimistas y que era muy dudosa la afección que les pudiera merecer el Jefe á quien aclamaban.

Dicho folleto, cuyo precio es de solos 60 céntimos de peseta, merece ser leído y meditado.

El editor madrileño don Benito Perdiguero, propagandista infatigable de cuanto hace relación con nuestros ideales, acaba de publicar unas lindísimas y exactas fotografías de la hija mayor de Don Carlos, Doña Blanca de Borbón, vistiendo la clásica mantilla española. Al pie de las mismas, se lee en caracteres autógrafos de S. A: *Jamás olvidaré á mi queridísima España. Blanca*

En otras fotografías está S. A. en compañía del Archiduque Leopoldo Salvador, y las hay también, admirablemente ejecutadas por cierto, de toda la R... Familia.

Los precios varían, según los tamaños, desde 2 pesetas, hasta 4.

Las hay á la venta en nuestra Administración.

De igual procedencia que las anteriores, son otras fotografías y fototipias representando, respectivamente, el cuadro de honor con los retratos de varios Oficiales carlistas muertos en campaña, cuyo grabado se repartió con el núm. 2 de EL ESTANDARTE REAL, y el fresco de la batalla de Lúcar, que el pintor italiano Ermolao Paoletti pintó, poco ha, en la escalera principal del palacio Loredán.

De una y otra hay existencias en nuestra Administración.

Nos favorecen con su visita los siguientes periódicos, á la mayoría de los cuales tenemos que agradecer entusiastas y pomposos elogios, dedicados á esta REVISTA. De Barcelona: *Correo Catalán, La Hormiga de Oro, Don Ramón, Las Misiones Católicas, El Noticiero Universal, La Bordadora, El Primor femenino, La Moda Española ilustrada*. De Madrid: *El Correo Español, La Fé, Rigoletto, El Cruzado, La Cartilla, La Cruz, La Ilustración Católica, La Correspondencia Militar, El Correo Militar, La Iberia, La República y el Veterinario*. — *La Cruz sobre el Corazón y El Catequista Español*, de Vich; *La Voz Ampurdanesa*, de Figueras; *Semanario de Mataró; La Voz de Queralt*, de Berga; *El Rosal Florido*, de Romañá del Ampurdán; *El Vasco*, de Bilbao; *El Tradicional y El Centro*, de Valencia; *El Pensamiento Galáico y Galicia Diplomática*, de Santiago; *La Lealtad Navarra*, de Pamplona; *El Correo Dertosense*, de Tortosa; *La Fidelidad Morellana*, de Morella; *El Alavés*, de Vitoria; *La Lealtad Burgalesa*, de Burgos; *El Legitimista*, de Valdepeñas; *El Manchego*, de Ciudad Real; *La Juventud Leal*, de Miguelturra; *El Avisador*, de Badajoz; *La Voz Manresana*, de Manresa; *La Crónica*, de Guadalajara; *El Pandero*, de Jumilla; *La Revista de Alcoy, La Enseñanza Católica*, de Cartagena; *El Norte Andalúz*, de Jaén; *La Alianza*, de Granada; *La Lira Gracienense*, de Gracia; *La Revista Malagueña*, de Málaga; *La X*, de Castellón de la Plana; *Cruz é Espada*, de Braga (Portugal); *La Difesa*, de Venecia y *La Turquie*, de Constantinopla.

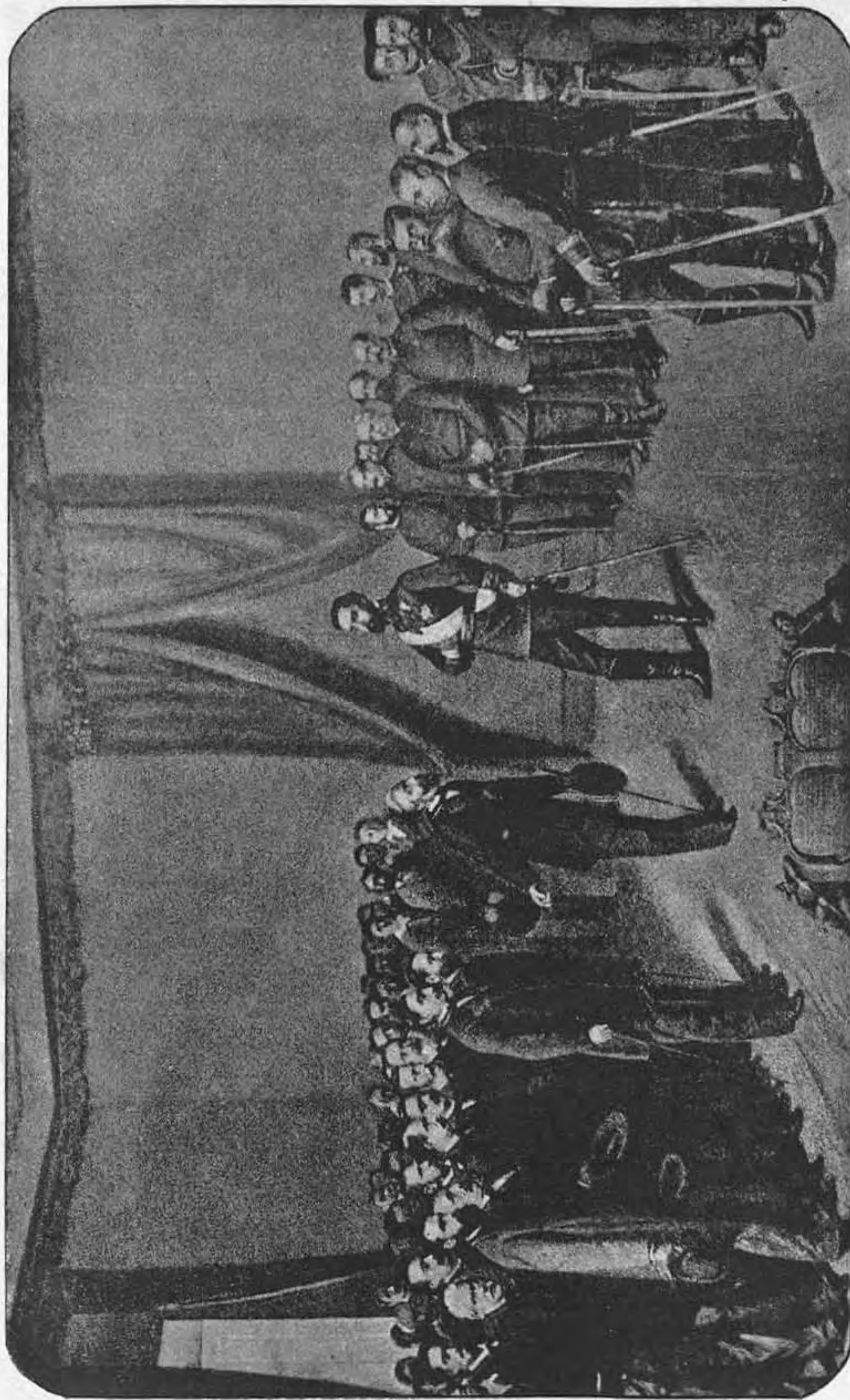
Barcelona: Imprenta de Fidel Giró, Cortes, 212 bis.

EL ESTANDARTE REAL



EJÉRCITO CARLISTA DEL NORTE. VOLUNTARIO DE INFANTERIA

COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE PACIANO ROSS



LA JUNTA DE MERINDADES DE BIZCAYA OFRECE Á DON CARLOS VIDAS Y HACIENDAS EN NOMBRE DEL M. N. Y M. L. SEÑORÍO

3 de Mayo 1874

